



LA RAZÓN HISTÓRICA.
Revista hispanoamericana de Historia de las Ideas
ISSN 1989-2659
Número 51 . Año 2021, páginas 257-265

La batalla de Noáin y el victimismo panvasquista

Fernando José Vaquero Oroquieta

Licenciado en Derecho. Universidad de Navarra
Autor de los libros *La ruta del odio*, *De Navarra a Nafarroa*, *La constelación masónica*.

El 30 de junio de 1521 tuvo lugar la batalla más importante de la conocida como “Guerra de Navarra”; un enfrentamiento entre España y Francia desarrollado, intermitentemente, desde 1512. El resultado final fue una gran victoria del ejército hispánico, en el que participaron entusiastas milicias vascas y navarras, sobre el francés; consolidándose así la españolidad de Navarra en el marco pluralista de la Monarquía Hispánica.

EL CONTEXTO GEOPOLITICO EUROPEO

Debemos mirar a la Europa de principios del siglo XVI para comprender qué estaba sucediendo, tanto a nivel local como a nivel continental y así poder situar las raíces y el contexto geopolítico del conflicto.

Europa se transformaba rápidamente: la reconquista española había quedado atrás y, con ella, la Edad Media; se desarrollan Renacimiento y Humanismo, impulsando nuevas ideas; el protestantismo rompe la Cristiandad; varias potencias emergentes pugnan entre sí al objeto de consolidarse estatal y territorialmente (España, Francia, el imperio, los Estados Pontificios, Inglaterra); los turcos continúan presionando en el este de Europa y por todo el Mediterráneo, poniendo en peligro a la mismísima Viena.

En este marco de primeros diseños y conformación de los modernos estados nacionales, o plurinacionales según los casos, España y Francia chocarán, inevitablemente, en el Ducado de Milán y en Navarra.

A resultas de todo ello, el sueño de un pequeño reino navarro independiente en los márgenes occidentales y ambas vertientes de los Pirineos –más deseado hoy que entonces- se desvanece rápidamente. Navarra no podía sobrevivir como reino independiente entre tan poderosos y voluntariosos vecinos; mucho menos, tan debilitado y empobrecido como se encontraba, tras medio siglo de guerras civiles entre las facciones beamontesa y agramontesa. Conforme los imperativos geopolíticos de la época, su situación geográfica predeterminaba, casi por completo, sus opciones reales. Así, una Navarra francesa hubiera constituido una cuña peligrosa para el Imperio. Una Baja Navarra española -su vertiente francesa- lo habría sido, igualmente, para el rey francés.

Consideremos, particularmente, que Francia venía ensayando modelos político-territoriales anticipadores del futuro centralismo galo: fue el caso, por ejemplo, de la denominada “Cruzada contra los albigenses”, de principios del siglo XII, mediante la que se impuso la Francia del norte sobre la del sur, ahogando su idioma -el provenzal-, derechos y fidelidades; descartando, definitivamente, las posibilidades de una presencia e influencia aragonesas en el sur de Francia.

LA NAVARRA DEL SIGLO XV Y PRINCIPIOS DEL XVI

En 1441 muere la reina Blanca I de Navarra, desatándose la guerra civil entre dos poderosas facciones nobiliarias navarras. La de los beamonteses se agrupaba en torno al linaje de los Beaumont; familiares ilegítimos de Carlos III el Noble. Se le sumaron el de los Luxa, de la Baja Navarra (territorio navarro en la vertiente francesa del Pirineo). Los sucesivos condes de Lerín fueron sus líderes. El segundo gran bando era el de los agramonteses (linajes de Gramont y Peralta), cuyos orígenes algunos sitúan ya en tiempos de Sancho VII el Fuerte.

Ambos bandos, banderías o clanes, fueron la expresión navarra de fenómenos análogos en toda la Europa medieval. Por ejemplo, y dada su cercanía geográfica y su interrelación, recordemos a *oñacinos* y *gamboinos*, protagonistas de las “guerras de los bandos” en Guipúzcoa.

Los beamonteses se posicionaron a favor de Carlos, Príncipe de Viana, e hijo de Juan II de Aragón y Blanca I. Por el contrario, los agramonteses apoyaron a Juan II, rey consorte de Navarra por su matrimonio con la reina Blanca I, en sus pretensiones

dinásticas y aventuras militares en los reinos colindantes de Castilla y Aragón y frente a los derechos reales del Príncipe de Viana, Carlos, en Navarra.

Los dos bandos nobiliarios citados, si bien sus integrantes y fidelidades fueron cambiantes, se orientarían a Castilla, en el caso de los agramonteses, mayoritarios en las tierras llanas, y hacia Francia, en el de los beamonteses, de mayor presencia en las montañas y zonas pirenaicas.

En 1479 muere Juan II de Aragón. El trono de Navarra será ocupado por su hija, Leonor I, quien al morir, unos días más tarde, deja por heredero, a su vez, a su hijo Francisco I de Foix -llamado Febo- quien fallecerá a los cuatro años de reinado con tan sólo catorce de edad.

El infortunado Febo será sucedido por su hermana Catalina de Foix, quien contrae matrimonio con Juan de Albret; a resultas de ello, rey consorte de Navarra.

Sin embargo, décadas después, una buena parte de beamonteses apoyará a Fernando el Católico, hijo de don Juan, en la campaña por la que Navarra se incorporó a Castilla; enfrentándose a los agramonteses, mayormente alineados con los reyes Foix-Albret.

LA INCORPORACIÓN DE NAVARRA A CASTILLA

Las Cortes navarras optaron por el rey Luis XII de Francia en su enfrentamiento con el Papa Julio II. No en vano, el rey Luis XII apoyó a un grupo de cardenales franceses que habían pretendido destituir a Julio II en el Conciliábulo de Pisa.

Por su parte, el Papa Julio II tenía el apoyo de Inglaterra, de los contingentes suizos, de Venecia y de Fernando el Católico; quien exigió a sus sobrinos, es decir, los entonces reyes de Navarra -Catalina y Juan-, que permanecieran neutrales. Sin embargo, éstos optaron por defender sus intereses patrimoniales en Francia: el señorío de Bearn, diversos territorios de los Foix y Albret, etc., al proceder de éstos la mayor parte de sus rentas, alineándose con el francés. Recordemos que Navarra se encontraba dividida, empobrecida y agotada tras cincuenta años de guerras civiles entre agramonteses y beamonteses.

Por el tratado "secreto" de Blois, Navarra se orienta al lado francés. Inmediatamente supo de ello, el rey católico ordena a Fadrique Álvarez de Toledo, segundo Duque de Alba, tomar Navarra. Simultáneamente, las tropas inglesas intentaron tomar los territorios franceses de la Guyana, en la actual Aquitania, que un día poseyeron.

El 19 de julio de 1512, las tropas de Fernando entran en Navarra por la Barranca; el camino natural desde la llanura alavesa castellana. Una semana después, el día 25,

Pamplona capituló sin ofrecer resistencia. Los reyes navarros huyeron al Bearn. Salvo Tudela, Navarra es tomada en apenas 15 días sin resistencia.

En este contexto, el Papa Julio II excomulgó al francés Luis XII, otorgando al rey católico una serie de bulas que legitimaban la posesión de Navarra. De tal modo, Fernando el Católico tomó posesión de Navarra conforme títulos legítimos de la época.

En 1513 las Cortes navarras reconocieron a Fernando el Católico como señor y rey. En 1515 el rey católico decidió incorporar a Navarra a la Corona de Castilla, con el compromiso de mantener íntegramente sus Fueros. Y en 1516, el emperador Carlos reconocería a Navarra como "reino de por sí". De tal modo, Navarra conservó sus instituciones y su entidad como reino; acaeciendo únicamente un cambio de dinastía en la cabeza real.

INTENTOS DE RECUPERACIÓN DEL REINO

Los reyes destronados, Catalina y Juan, intentaron recuperar Navarra en varias ocasiones. La primera de ellas tuvo lugar ese mismo año de 1512. En el otoño, el rey francés Luis XII envió un ejército de 30.000 hombres liderado por el delfín de Francia, Francisco de Angulema.

En el campo hispánico, mayormente en Navarra, el Duque de Alba contaba con 16.000 castellanos y navarros. Entre otros episodios bélicos, será entonces cuando, el 7 de diciembre, las milicias guipuzcoanas tomaron una docena de cañones a los franceses. Por ello, la reina Juana otorgó a Guipúzcoa el privilegio de incorporar a su escudo de armas los famosos cañones; permaneciendo en él hasta 1979.

Un segundo intento tuvo lugar en 1516. Juan de Albret, al frente de un ejército mayormente bearnés, entró en Navarra. No se produjo ninguna sublevación en su favor; siendo derrotado por el virrey Acuña y el condestable de Navarra, Luis de Beaumont, conde de Lerín.

Juan III de Albret muere ese mismo año. Catalina lo hará en 1517. Les sucederá su hijo Enrique II del Bearn, conocido como "el sangüesino".

EL INTENTO DE 1521

El tercer, y último, intento, será el que hoy recordamos en su evento bélico más señalado.

Luis XII de Francia había fallecido en 1515, siendo sucedido por Francisco I; gran amigo de Enrique II del Bearn, pretendiente a la corona del Reino de Navarra y súbdito suyo.

En 1520 se inicia la guerra de las Comunidades de Castilla, que se prolongaría hasta 1522. En tan apremiante circunstancia, el grueso de las tropas peninsulares del emperador se encontraban allí; permaneciendo Navarra desguarnecida. Ulteriormente, la victoria en Villalar, en abril de 1521, cambió el rumbo de los acontecimientos.

El rey francés, quien luchaba contra España en Italia, con la excusa de defender los derechos de Enrique II al trono de Navarra, la invadió en mayo de 1521 con el objetivo de penetrar en Castilla y abrir un segundo frente contra el emperador.

El ejército francés estaba formado por unos 12.000 infantes, 800 caballeros y 29 piezas de artillería, en su mayoría franceses. Lo lideraba Andrés de Foix, señor de Asparrós o de Asparren; quien llevaba como lugartenientes al señor de Colome, gobernador de Bayona y señor de Esgoarrabague, al señor de Tournan y a Carlos de Grammoont, obispo de Cousserans, a los que acompañaban buena parte de la flor y nata de la nobleza francesa.

También participaron contingentes navarros agramonteses, entre ellos, dos hermanos de San Francisco de Javier.

De tal modo, tales fuerzas, el 10 de mayo, entraron en Navarra apoderándose de San Juan de Pie de Puerto; principal localidad de la Baja Navarra, en la vertiente francesa del Pirineo.

El virrey Duque de Nájera, privado de fuerzas militares relevantes, conforme ya hemos señalado, se retiró de Pamplona; en la que dejó una pequeña guarnición encerrada en su castillo. Es entonces cuando Íñigo de Loyola cae herido en su defensa frente a los franceses: un evento también conmemorado en este año (*Ignatius 500*). Pamplona se rinde el 19 de mayo. El resto de Navarra es tomado en pocos días.

Aunque muchos navarros lo querían, Enrique II no tomó posesión del Reino, lo que ha llevado a considerar –por los historiadores– que el rey francés en realidad únicamente pretendía incorporar Navarra a sus poderes; sospecha a la que se sumó el hecho de que Asparrós intentó invadir Castilla, poniendo sitio a Logroño.

Las tropas del emperador –lo hemos anticipado– reaccionaron rápidamente: resistieron en Logroño; avanzando desde Guipúzcoa y por el sur hacia Navarra. Estaban dirigidas por don Íñigo Fernández de Velasco, conde de Haro, Condestable de Castilla, Duque de Frías, Corregente de Castilla, y don Antonio Manrique de Lara, Duque de Nájera y Virrey de Navarra.

Las tropas del ejército castellano, el mayor contingente del imperial, fueron reclutadas de la siguiente forma: unos 7.000 hombres del Condestable de Castilla; unos 5.000 de los territorios de Vizcaya, Álava y Guipúzcoa; las villas y ciudades de Segovia, Valladolid, Palencia, Burgos, Salamanca y Toro aportó, cada una de ellas, entre

1.000 y 1.200 hombres. Fueron unos 800 los de Medina del Campo. Y unos 500 por la parte de la ciudad de Ávila. Los navarros eran algo más de 4.000 hombres, beamonteses aportados por el conde de Lerín;

LA BATALLA DE NOÁIN

El 11 de junio, Asparrós levantó el cerco de Logroño, siendo perseguido por el condestable Francés de Beaumont a la cabeza del ejército imperial.

Ya en las cercanías de Pamplona, Asparrós fijó su campamento entre las actuales localidades de Tiebas y Subiza, a la espera de refuerzos, en campo abierto.

Las tropas imperiales, junto a los contingentes beamonteses, atravesaron el puerto del Perdón y fueron a situarse entre Pamplona y el campamento francés; entre Esquíroz y Noáin.

La batalla se inició entre las 16 y las 17 horas del día 30 de junio de 1521.

Los franceses disfrutaban de superioridad estratégica: dominaban las alturas y poseían la mayor artillería de la época. Así, con el movimiento inicial, bombardearon las primeras filas castellanas. Pero Asparrós cometió varios errores.

El primero: no esperar a unos miles de navarros partidarios de los Albret, quienes supuestamente marchaban para unirse con las tropas franco-navarras. Lo cierto es que, conforme modernos hallazgos (carta de Miguel de Añués I, señor de Belver, fechada en Mérida el 16 de junio, dirigida a su sobrino Martín de Eslava; Archivo General de Navarra), dichos contingentes navarros ya habían sido desmovilizados días antes. El segundo, y más grave, lanzar la caballería pesada francesa contra las tropas españolas.

La carga francesa fue acosada por la caballería ligera castellana y navarra, lo que dio tiempo a la infantería para reorganizarse sin sufrir el fuego artillero. Caballería e infantería imperiales lograron frenar a los caballos coraza franceses, poniéndolos en retirada; inmediatamente atacaron los atrincheramientos de los franco-navarros, quienes huyeron en masa. Los guipuzcoanos, por su parte, rodearon El Perdón, cogiendo a Asparrós entre dos fuegos y atacando a su vez por el noroeste.

La victoria de las tropas del Emperador Carlos fue total. El propio Asparrós, herido en los ojos, se rindió a Francés de Beaumont; recuperaría su libertad tras el pago de un rescate. Su segundo al mando, el Señor de Tournon, fue capturado por el capitán navarro Donamaría. Los franceses tuvieron un total de 5.000 bajas; entre ellas, muchos nobles galos, así como navarros de la facción agramontesa como Ladrón de Mauleón,

Carlos de Navascués, Juan de Sarasa y el capitán San Martín. El número de muertos oscilaría entre los 600 y los 1.000.

Los supervivientes que lograron escapar, entre ellos el mariscal Pedro de Navarra, huyeron a Bayona.

La ciencia militar actual considera, sin embargo, que la de Noáin, más que los errores de Asparrós, fue el gran acierto de los mandos españoles; especialmente por la capacidad táctica desplegada por las coronelías de infantería veterana, antecedente inmediato de los Tercios, que asaltaron, no obstante, unas posiciones bien preparadas y en inferioridad numérica. Es más, el terreno estaba bien elegido, por Asparrós, para minimizar el despliegue imperial y hacerles avanzar en un embudo a batir por la artillería, con la caballería pesada lista para dar la puntilla. Pero, como hecho decisivo, la infantería bajo/medieval franco-navarra, muy inferior a la castellana en su despliegue y capacidad de reacción, fue barrida por las coronelías veteranas.

En el septiembre siguiente, los franceses, quienes habían ocupado Fuenterrabía, se apoderaron de la fortaleza de Maya. Permanecieron en la misma doscientos caballeros agramonteses liderados por Jaime Vélaz de Medrado. Abandonados a su suerte por los franceses, obligados al pillaje, y sitiados por las tropas del emperador, se rindieron el 19 de julio de 1522 a las tropas imperiales, compuestas mayormente por navarros liderados por Luis de Beaumont y Manrique, hijo del conde de Lerín, y dinamiteros guipuzcoanos.

TOPICOS Y MENTIRAS PANVASQUISTAS

1. Frente a lo afirmado reiteradamente por los pseudo-historiadores y propagandistas neo-sabianianos o panvasquista, no es cierto que en Noáin murieran cinco mil navarros: fueron franceses en su inmensa mayoría; además ese número, ya lo hemos dicho, englobaría el de las bajas en total. De haber sido 5.000 los navarros muertos, el Reino habría tardado un par de generaciones en reponerse, con la consiguiente crisis económica que, todo lo contrario, no aconteció. Esta mentira forma parte del victimismo narrativo del imaginario romántico panvasquista.
2. Agramonteses y beamonteses eran facciones cambiantes, movidas por intereses aristocráticos particulares, arruinando en sus luchas a un pueblo llano, harto de guerras, muerte y pobreza. No puede rastrearse en ellas, por anti-histórico, antecedente alguno de presuntos nacionalismos navarrista o panvasquista. Así, muchos navarros participaron en el ejército imperial, entre otros, Lanzarot de Gorráiz. Es más: entre ellos encontramos tanto a guerreros de procedencia

agramontesa como beamontesa. Así, a título de ejemplo, mencionemos que un buen grupo de caballeros agramonteses lucharon en Villalar por Carlos I.

Muchos agramonteses, como los hermanos de San Francisco Javier, Martín de Azpilicueta -el célebre “Doctor Navarro”-, y otros, se adhirieron antes o después al emperador. El 24 de febrero de 1524 se decretó una ulterior amnistía general, recuperando los bienes confiscados en 1516 y 1521; incluidos, los “resistentes” de Maya.

3. Los vascongados, o vascos de Castilla, tuvieron un papel decisivo en todos estos hechos: acreditaron con sus armas y sangre su plena y antigua integración en Castilla; de ahí que contingentes vascos jugaran roles importante en Navarra en los años de 1512, 1516 y 1521.
4. En Noáin no se perdió la “independencia de Navarra”. No existía un sentimiento nacional navarro; tampoco existía un “estado navarro”. Sí se consolidó, definitivamente, la adscripción de Navarra a la monarquía hispánica. Las instituciones del reino, las Cortes y la Diputación del Reino, continuaron siendo un freno ante los posibles excesos o la vulneración de los Fueros perpetrados por los virreyes.
5. El hecho histórico real -material- que realmente acaeció, avalado por el Derecho de la época, fue un cambio de dinastía: los Foix-Albret, vasallos del rey de Francia por sus grandes posesiones ultrapirenaicas, fueron relevados por la casa de Austria. Por ello, Carlos I de España lo fue también IV de Navarra y V del Sacro Imperio Romano Germánico.
6. A la batalla de Noáin le sucedieron trescientos años de de prosperidad económica, desarrollo intelectual y múltiples oportunidades para sus gentes en la península y ultramar; librándose Navarra, entre otras, de los efectos de las guerras de religión que golpearon, entre otros muchos, a los navarros de ultrapuertos por la espada y el fuego de los fanáticos calvinistas galos.
7. Los navarros participaron muy notablemente en las empresas comunes de la Monarquía, combatiendo en Flandes, Italia, el Mediterráneo o las Indias. Grande fue su presencia en universidades, en la burocracia imperial y eclesiástica. Navarra proporcionó virreyes para las Indias.
8. Todavía en 1800, poco antes de la invasión napoleónica, Navarra y Andalucía eran los territorios españoles con mayor nivel de renta per cápita.

CONCLUSIONES

- La guerra de Navarra fue un frente, entre otros, en el marco del enfrentamiento entre Carlos I de España y Francisco I de Francia por la hegemonía en Europa. En este contexto recordemos que, en 1525, tanto Francisco I de Francia como Enrique II de Albret, siempre mero satélite de Francia, cayeron prisioneros de

las fuerzas de Carlos I en la decisiva batalla de Pavía. El “pretendiente” al reino navarro no era sino una marioneta de Francisco I.

- De esta manera, Navarra quedó integrada en la Monarquía Hispánica en la plenitud de sus Fueros, lo que permitió que los siglos XVI, XVII y XVIII significaran una Edad de Oro para Navarra.
- Los panvasquistas neo-sabinianos, en su reinención de la Historia, vienen reasignando a Noáin una orientación victimista y protonacionalista; fruto de su imaginación y los delirios ideológicos propios de concepciones políticas del siglo XIX y XX: romanticismo, racialismo, ultracatolicismo, marxismo, radicalismo progresista hoy.
- Los panvasquistas, y sus colaboracionistas abertzales navarros, tergiversan la historia. Nadie murió en Noáin en defensa de un reino navarro independiente, ni, mucho menos, de un Estado vasco que nunca ha existido. Es irrisorio, por antihistórico, que sigan manteniendo en alto los pendones de los Albret, meros títeres del francés, frente al hecho material irrefutable e incuestionable de la pertenencia española de vascos y navarros.
- La tentación napartarra (una especie de nacionalismo navarro que pretendería absorber a los territorios vascos) es otra ensoñación romántica que desconoce, de modo infantil, los imperativos ideológicos de cada época, los movimientos históricos reales, y la evolución de la sociedad. Por ello la “concepción napartarra” no ha superado nunca el estatus de “hermano menor”, acomplejado y timorato, del panvasquismo neo-sabiniano.